

# EL ALBUM.

SEMANARIO DE LITERATURA Y CIENCIAS.

AÑO I.

MURCIA 8 DE DICIEMBRE DE 1876.

NÚMERO 11.

## SUMARIO.

LA LITERATURA MURCIANA, (continuacion) por D. J. M. Tornel.—LA FÉ RELIGIOSA, Y LA FÉ FILOSÓFICA, por D. J. Baleriola.—LA CREACION, por don L. Páusa.—¿QUÉ ES EL AMOR? por D. F. Serrano de la Pedrosa.—¡OTRA VIDA! por D. E. Díez y Sanz.—YA NO TE MIRO, por D. R. Gil.—MISTERIOS DE UNA FLOR, por D. R. Sanchez Madrigal.—Á MIGEEL DE CERVANTES SAAVEDRA, por D. Antonio Blanc.—LA AGONÍA DE UN CONTRIBUYENTE, Y LA SOMBRA DE UN COBRADOR, por D. F. Flores.

## LA LITERATURA EN MURCIA.

(Continuacion del capítulo anterior.)

*La Monarquía gótica.—Concilios nacionales.—Hector y Licimano, obispos de Cartagena.—Severiano.—Los cuatro santos de Cartagena.*

No era posible que la invasion de los Bárbaros destruyera repentinamente aquel inmenso imperio romano, ante cuyo poder se habia arrodillado la tierra; ni podia desaparecer en un dia aquella civilizacion romana, que habia extendido la lengua, el derecho, la poesia y la religion de Roma por todo el mundo.

En el precedente capítulo, hemos visto llegar hasta Cartagena á las falanges bárbaras, y dejar en ella las terribles señales de su paso; pero no es fácil conocer después minuciosamente la suerte de esta provincia durante el batallar continuo de los invasores. Triste sería la situacion de las ciudades que se salvaran de la ruina: amenazadas, acosadas constantemente, quedarian al fin dominadas por aquellos alanos, suevos, vándalos y godos, que habian caido sobre ellas, y, fatalmente, vencidas ó resignadas, se preparaban por voluntad divina para constituir un nuevo pueblo. El cristianismo habia conturbado ya las conciencias, y no era necesario, para formar una nueva nacionalidad, más que un poder que se apropiase la virtud del cristianismo, que avasallaba las muchedumbres y

súpiese salvar del naufragio del mundo antiguo la idea imperecedera del derecho.

Tal fué el pensamiento de la monarquía gótica, que además de tomar el derecho de los romanos y enseñorear el poder de los concilios sobre todos los poderes, logró ver fundidas en una nacion las diversas razas, que con lengua y costumbres distintas, estaban extendidas por la Península.

No podemos detenernos, porque no es de nuestro intento, en referir las guerras intestinas de los bárbaros; la diferente extension y territorio que comprendia el poder de los godos; cómo y por qué la corte de estos pasó de Barcelona á Tolosa, á Sevilla, y á Toledo; ni mencionar el nombre de Atila, nuevo engendro de la barbarie; ni menos seguir paso á paso el reinado efímero de aquellos reyes, asentados sobre el mismo pavés de su triunfo. Concretando la historia de este periodo, para nuestro intento, podemos decir, que en muy pocos años fué esta provincia cartaginense pasto del furor vándalo, codiciada de los romanos, conquistada de suevos, objetivo de los godos, y victima de todos. Hasta el tiempo de Eurico (a. 466) no entra á formar parte de la monarquía gótica; pero cuando la historia de nuestra provincia se enlaza con la general de España es en tiempo de Leovigildo.

Asocióse este en el poder á sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo, que los habia tenido de su mujer Teodosia, hija del duque Severiano de Cartagena, y hermana de las grandes glorias murcianas Isidoro, Leandro, Fulgencio y Florentina. Era Leovigildo tan fanáticamente arriano, que degeneró en enemigo de sus mismos hijos, que eran católicos.

En nuestra provincia estaba ya arraigado el catolicismo, pues la silla episcopal de Cartagena, por su prelado el gran Liciniano levantó solemnemente su voz contra los apóstatas, que abandonaban la fé de Cristo, y contra el tirano que perseguia á los creyentes.

Escasas son las noticias que hemos podido adquirir del venerable obispo de Cartagena Liciniano: «Dura hasta nuestra edad, dice el P. Mariana, «el libro de Liciniano, de quien atestigua Isidoro «que escribió muchas epístolas á Eutropio, obispo «de Valencia y que falleció en Constantinopla, á lo «que se entiende, huyendo de la rabia del rey.» Era Liciniano de un entendimiento clarísimo, muy apasionado de la sagrada escritura; cristiano ferviente sin supersticion ni fanatismo.

